



# FEDERACION DE COFRADIAS HUESCAR

---

## III- PREGON DEL COSTALERO/A HORQUILLERO/A

A CARGO DE:

D. JOAQUIN ABRAS DE SANTIAGO.

\*\* CONCEJAL EXCMO. AYUNTAMIENTO  
DE GRANADA.

*HUÉSCAR, 28 DE MARZO DE 1.998*

IGLESIA DE LAS DOMINICAS.

ORGANIZA: COFRADÍA DE SAN JUAN  
EVANGELISTA





# **PREGÓN DEL COSTALERO**

DE LA

## **SEMANA SANTA**

DE

### **HUÉSCAR (GRANADA)**

AÑO 1.998

\*\*\*\*\*

**PREGONERO:**

**D. JOAQUÍN ALFREDO**

**ABRAS SANTIAGO**

CONCEJAL

DEL

AYUNTAMIENTO DE GRANADA

\*\*\*\*\*

**PRONUNCIADO**

**EN LA**

**CAPILLA**

**DE**

**M.M. DOMINICAS**

**A LAS NUEVE DE LA NOCHE**

**DEL DÍA**

**VEINTIOCHO DE MARZO DE 1.998**

Dignísimas autoridades, señor Presidente de la Federación de Cofradías, señores Hermanos Mayores, Reverendos señores Consiliarios. Rvda Madre Abadesa, Capataces, Costaleras, Costaleros. hermanos cofrades, señoras y señores, amigos todos de Huéscar:

Apenas queda una semana para que llegue el sábado de pasión y tras él, el luminoso Domingo de Ramos en el que iniciaremos la Semana Mayor, en la que los cristianos conmemoramos la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor Jesús.

Durante este tiempo previo y desde el Miércoles de ceniza, la Cuaresma, henchida ya de fragancias de incensario, arriates de flor de paso y litúrgicas ceras, preparadas todas para derramarse como el perfume que María Magdalena vertió a los pies de Jesús, inciensos, ceras y flores que envuelven y acompañan nuestra pequeña dimensión humana, nuestras pocas virtudes y nuestras muchas faltas. Somos humanos al fin, ni siquiera ángeles, sólo hombres y mujeres que caminamos cada día, en esta existencia nuestra, por el dificultoso camino de la vida, eso sí, en el deseo, en el anhelo de imitar al Maestro, al Señor Jesús y teniendo siempre como modelo excepcional a la Virgen María que en su tremendo Dolor de Madre y en el camino de la Esperanza, supo hacer un alto andamio sobre los puñales del sufrimiento e hizo prevalecer el desbordante amor, justificación única, razón sola y fin que nos acerca al Señor.



Y permítanme hacer algunas reflexiones sobre la celebración penitencial que se nos avecina.

Al tiempo en que las zapatillas costaleras, a la voz precisa y exacta del capataz, al golpe decidido del "LLAMAOR", comienzan a rozar suavemente el pavimento de nuestros templos, inundados ya de fragancias nazarenas: incienso, ceras y floresta; en el preciso instante en el que los pasos de nuestras Hermandades nos convierten, por el milagro de su movimiento, en Cofradías Penitenciales, en ese concreto momento, noto que se abren, en la sofocante penumbra del interior de mi capillo en la obscuridad interior de los respiraderos del paso las puertas, las grandes puertas de mi alma nazarena, por entre las que van a discurrir, en incesante estación hacia Dios, todas las íntimas circunstancias de mi vida, en su plena desnudez y su rotunda verdad.

Por entre las oscuras naves de debajo de mi capillo o justo al lado de las trabajaderas, en medio del sudor y del esfuerzo, fluyen todos los agobios, los miedos, las soberbias y las cobardías que antes, a la luz del día, afuera, se habían escondido en las sombras de mi existencia. Y caminan ahora, sintiendo la cercanía de mis compañeros de cuadrilla, la acompasada respiración, el rozar firme del esfuerzo costalero y afuera, entre los penitentes, siendo solemnes y descubiertas en largas hileras, ordenadas, claras y bien definidas, hacia los dos estrechos ventanales por los que se hace la luz del alma, la luz que, a través de los ojos, nos muestra ese momento



de la Pasión de nuestro Jesús particular y a la vez compartido, de nuestro personal sacrificio de Dios por nuestras concretas pequeñeces, por nuestras insolentes mezquindades que nos hacen, nos descubren, humanos y débiles, bajándonos de los lugares en los que nos encumbramos huyendo - o tratando de huir - de nuestro simple e inexorable estado de seres mortales.

En el poco oxigenado espacio de debajo del paso, cuando la procesión, solemne y glorificadora de Dios, a través de Santa María Dolorosa, transita por las calles de Huéscar, me doy perfecta cuenta de que toda la grandeza exterior, el lujo que la Cofradía derrocha en torno de las imágenes, que se nos aparecen, pletóricas en medio de brillantes dorados y plateados, de suaves terciopelos en el color del rojo de pasión, morados de penitencia, esperanzados verdes y enlutados negros, junto a la infinidad de luces que titilan sobre las columnas de cera o brillan dentro de los faroles y se rodean del casi infinito cromatismo de las flores; todo eso no es sino el contraste, el fuerte contraste de la propia grandeza de Dios en el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección, con la causa última y definitiva de ese extremo sacrificio que conmemoramos cada Semana Santa.

Y la anterior pequeñez de la que hablaba, mi propia pequeñez, apoyada en la que creía imperfecta humanidad, crece de otro modo, adquiere la nueva dimensión de la humanidad trascendente al ser complementada por la suprema perfección del Creador, de ese Dios generoso hasta el extremo de



la vida, que, con su muerte, con su sufrimiento, me hace crecer, superar la íntima obscuridad de dentro del paso penitencial y me indica la existencia de la compañía, el olvido de la soledad y la recomendación de apoyo en los demás compañeros, fajados, como yo, en esta estación de la vida misma que se transfigura en la estación de penitencia y que transcurre por la ahora anchurosa calle de la vida prometida.

Y es así, que la estación penitencial de cada año, de cada primavera, viene a ejercer en el interior de nuestras almas, el supremo magisterio a través del cual entendemos, comprendemos y renovamos nuestra promesa, nuestro compromiso de cristianos. Y vamos a Jesús por María, verdadera Madre y Maestra, que nos enseña a superar los barrotes de la cárcel del dolor y construir sobre ellos el edificio de la fe y el ejercicio del Amor Fraternal.

El interior de los pasos, debajo de los bamboleantes faldones, viene a convertirsenos en sagrada cátedra desde la que recibimos la suprema y al tiempo humilde lección de teología que es la Pasión de Jesús y la Resurrección de nuestra verdadera esencia: nuestras almas nazarenas, caminantes permanentes tras de Jesús grabado a sangre y fuego en el corazón inmenso de la Virgen de los Dolores, de la Señora de la Piedad esperanzada y de la fe inconmovible de aquel amigo que se llamó Juan y que no vienen a mostrarnos sino lo que es la vida misma, la vida eterna.



Y como no hay clase sin ejemplo, habremos de echar la mirada hacia la imagen soberana de Santa María que, en su padecer tremendo, nos da una impresionante lección de Caridad, convirtiéndose en la única luz y Esperanza para el camino al final del cual alcanzar la certera presencia de nuestras almas ante el Señor Jesús. Esa imagen de la Virgen cuyo dolor tratamos de contener haciendo un palio de oraciones y piropos. En ella hallamos el mayor de los consuelos y la más grande humanidad trascendente.

Permítanme, antes de proseguir y hecha esta especie de reflexión, permítanme, digo, dirigirme a quién me ha presentado ante todos ustedes, a quién ha mostrado, ustedes lo han visto, una generosidad tremenda. La verdad es que en este caso ha habido un poquito de truco, como no podía ser menos de un corazón generoso como el de Antonio Méndez, mi querido amigo Antonio, anterior pregonero de los costaleros y las costaleras de Huéscar, que ha sucumbido al cariño que en nuestro caso nace de una espléndida amistad ensolerada, como los buenos vinos y por ello más valiosa. Antonio ha hecho gala de su señorío natural, de su caballerosidad y de su hombría de bien, por eso, querido amigo, permíteme que te de las gracias por la tarjeta de visita que has presentado ante todos estos buenos amigos que han querido acompañarnos esta tarde noche, en esta bonita capilla conventual.



Permítanme, finalmente, que también de mis más rendidas gracias a los hermanos mayores y a sus Juntas de Gobierno, por haber depositado vuestra confianza en este pregonero, que no viene con otra ilusión que no sea la de difundir el especial modo de rezar que tenemos en estas tierras del sur peninsular y del norte más norte de Granada, en la expresión de sus Hermandades y Cofradías de penitencia y en la expresión especialísima que son los modos de llevar los pasos y la oración hecha gesto de los costaleros y las costaleras.

Y seguimos adelante.

Apenas hace unas semanas que recogíamos en nuestras casas las pequeñas figurillas con las que escenificamos el nacimiento del Niño Jesús. Casi aún huele a mantecados y a anises de Rute y en los hornos de nuestras cocinas, aprovechando lo que ha quedado y con las deliciosas cremas y cabellos de ángel, andamos afanados cocinando. En humildes cuencos de barro, las cuajadas de carnaval, cubiertas de tamizado azúcar y de canela, al mismo tiempo en que, de las casas vecinas, viene ese olor familiar a magdalenas y a la fritura de los pestiños y los roscos de huevo, que nadan abrasados, en el abundante y humeante aceite de la cosecha de los olivos, de este mismo año.

Ha pasado el Adviento, la Nochebuena, la Epifanía. Y vino el tiempo de la ceniza, de la cera, del terciopelo, de la esforzada busca del brillo en la plata vieja. Ese tiempo de los coleccionistas de atardeceres. Tiempo de rumor de roces de zapati-



llas, de ensayos ilusionantes, de crujir de trabajaderas, de sudaderas limpias y de fajas listas para vestir. Ese tiempo de largas hileras de unicornios lorquianos, de silenciosas velas cuyos pabilos se revelan en húmedos chisporroteos, tiempo de liturgia densa, envuelta en nubes de incienso que acaricia, como lenguas de humo, la abigarrada disposición de los empedrados de clavel o de recogidos capullos rojos de rosas, al pie y en el calvario sobre el que se levanta la cruz y la imagen del Santísimo Cristo de la Expiración, adornos florales en los palios de la Virgen de la Esperanza, la Soledad o de los Dolores o de otros personajes que participaron y fueron testigos de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, como aquel amigo entrañable que fue Juan o las mujeres Verónica o Magdalena, caminos botánicos de uniforme colorido y que estallan bajo la elevada gallardía de los gladiolos, precedidos de frontales de orquídeas, abiertas como bocas anhelantes.

Es el tiempo en que el sonido del fagot recoge el ánimo a modo de dominica plegaria que recordara textos de nuestro Fray Luís. Tiempo, también, de estruendo en tambores que desgarran el aire, el aire alto, limpio y azul intenso de Huéscar, templado en las horas vespertinas que preconiza calofríos de muerte. Y de zahirientes notas de tremenda trompetería que pareciera que quieren acallar el rumor del aire serrano de la Sagra y el estruendo de las tormentas que suelen romper el equilibrio natural del nacimiento de la primavera.



Tiempo, pues, de nazarenos y de ceras, de túnicas y de mantillas, de faroles de cola que se abren, que se derraman tras los palios a modo de estelas de cometa y de movimiento, de gesto hecho oración callada y anónima, íntima y esforzada del costalero que amoroso ofrece sus hombros y su fuerza, la delicadeza extrema de la que es capaz para imprimir a los pasos esa armonía que los hace más reales y los convierte en verdadera catequesis.

Es tiempo, sí, de Cuaresma, de Cuaresma y pronto de Semana Santa.

Tiempo que se mide en distancias perfectas de las secciones de penitentes en las procesiones, tiempo de voces de capataces que mandan sabiamente las cuadrillas de costaleros, golpes secos del "LLAMAOR", que sustituye a las campanas y que estremece el corazón en medio de los silencios interiores; ambiente de faja y sudadera, de tríduos y de quinaros, de altares de culto con altos cirios que menguan derretidos en fuego de amor devoto sobre esbeltas candelерías de bronce fundidos y que se derraman sobre larga escalinata de rojos damascos al final de los que, los distintos Titulares, en la IGLESIA MAYOR Y ANTIGUA COLEGIATA de Santa María de la Encarnación, bajo sus elevadas e impresionantes naves renacentistas o en la Iglesia de Santiago o de Santo Domingo o en las ermitas de la Soledad o en la de la Aurora, recogen la copiosa cosecha de corazones enamorados, en un largo rosario de oraciones, cuyas cuentas se unen, se engarzan con el fino hilo del Amor Fraternal.



Es, pues, el tiempo en que los cristianos conmemoramos y celebramos gozosos el Misterio de la Institución Sacramental de la Eucaristía, piedra angular de la arquitectura teológica, sobre la que se asienta el resumen total y mandamiento: "Amaos los unos a los otros como Yo os amo".

Y en torno a esta celebración, toda una densa y compleja liturgia que se inicia en el día en que el calendario eclesial denomina como Miércoles de Ceniza.

Desde ese día, momento a momento se van desgranando todos los esfuerzos e ilusiones de los cofrades y entre ellos, muy especialmente y muy responsablemente, de las cuadrillas de costaleros y costaleras.

La Semana Santa en Huéscar se celebra en medio de una primavera más densa de vida, llena de luces maravillosas que encienden a esta ciudad como un ascua, como una gema preciosa de destellantes reflejos, desde los altos y luminosos amaneceres hasta las horas vespertinas, esos largos atardeceres en los que los rayos del sol se deslizan dorados, anaranjados, indolentes, desde las altivas serranías que circundan Huéscar y se derraman por la extensa llanura sobre la que se esparce, señorial y bien aposentada la nobilísima Ciudad que fuera asiento apetecido por los Reyes de Granada y gloria y timbre de la Casa de los Álvarez de Toledo.



Esas tardes de primavera en las que las luces tornasolan desde los brillos más sorprendentes, en las alturas de la torre de Santa María la Mayor, el más imponente edificio de toda la ciudad, refulgiendo en las plazas y calles, en las estrechas del viejo Huéscar y en las anchurosas y más modernas, que exhiben presumidas las espléndidas casonas solariegas, blasonadas de historia y de labores agrarias.

Ahora nos acercamos, casi rozamos en el tiempo ya esa época del año en el que el sol, al nacer, dibuja los horizontes de las sierras que, como si fueran una escolta de la naturaleza, circundan a Huéscar, desde donde se abren todos los caminos hacia Granada, hacia Albacete o hacia las costeras de Murcia y Almería. Y brilla ese sol orgulloso, como el Dios mítico que fue en otras culturas, en las encaladas paredes y tapias de los cortijos, de las casas moriscas que nos recuerdan a otras gentes antiguas que aquí también vivieron y murieron y formaron parte del mismo paisaje y de la vida.

Y es en medio de este ambiente en el que se irán dibujando los pasos de la Semana Mayor de Huéscar, desde los dinteles mismos de las iglesias, saliendo para hacer las estaciones penitenciales, palios llenos de dolor y de pureza que, llevados por costaleros generosos, que saben, como nadie, hacer oración del movimiento, van rezando, como alguien dijera, con los pies y con la fuerza de sus cuerpos y dentro, muy dentro, esa otra oración entrañable que todos sabemos, dirigida a la



Virgen, Santa María, en su Esperanza, en su Dolor,  
en su Soledad y en la Piedad de la Madre sufriente:

Y le dice el costalero. Y le dice la costalera:

**Bendita sea tu pureza  
y eternamente lo sea,  
pues todo un Dios se recrea  
en tan graciosa belleza.**

**A ti, celestial princesa,  
Virgen Sagrada María,  
yo te ofrezco en este día  
alma, vida y corazón:**

**Míranos con compasión.  
No nos dejes, Madre mía.**

**Bendita sea tu pureza  
y eternamente lo sea,  
pues todo un Dios se recrea  
en tu alma esperanzada,  
al verte así, coronada  
de su gloria y su grandeza.**

**A Ti, Celestial Princesa,  
humilde te pediría  
Fe, Esperanza y Caridad,  
las tres perlas que te adornan  
junto al Dios de la bondad.**

**Y te ofrezco en este día  
mi amor, mi Fe y mi razón,  
el sueño de los que esperan  
poder contemplarte un día:**

**Míranos con compasión,  
no nos dejes, Madre mía.**

¿Ay Soleá de dolor y pena!, ¡Ay saeta que me atraviesa!. Que la Virgen va llorando, llorando por esa acera, mientras los cirios alumbran, en su carita la pena.

La Virgen de los Dolores lleva una espada en el pecho que le va destrozando el alma, su alma de Madre buena.

Y en sonrisa de Esperanza va recogiendo azucenas y cambia por alegrías todas las penas.

Y la luna, que lo entiende, enciende luces flamencas en el blanco de su cara y en sus manecitas yertas.



¡Ay nana, nanita, nana!  
¡Ay nana de mala nueva!  
Calofrios de la muerte  
se están sintiendo ya en Huéscar.

Las guitarras, enmudecidas,  
rompen sus cuerdas de plata  
porque sienten en la Virgen  
el dolor que la traspasa.

¡Ay nana, nanita, nana!  
La Princesa llora sola  
la muerte que ya presagia.

Se rasga el velo en la noche. El aroma de las flores. Bisbiseo de oraciones, desde un balcón ojos viejos, cansados ya de canciones, se clavan en el rostro, ese rostro de Dolores.

La Virgen adormecida, sobre hombros costaleros, vaya de recogida a la quietud de su templo.

El agua, en las fuentes, teje un murmullo. Y un lamento....

Y hasta se ausenta el viento. La Virgen sobre hombros costaleros, va de vuelta hacia su templo. Un buho, desde una higuera, también guarda silen-

cio y en sus ojos pareciera que quiere expresar un lamento.

El alma, recogida, recogida en su silencio, envuelta como una faja, la faja de un costalero, se ha convertido en un claustro, en el claustro de un convento, un conventico chiquito, con un patinillo dentro, en el que se abrasan las flores y se escucha sólo un rezo:

**Te quiero Virgen María  
María de los Dolores,  
te quiero con toda mi alma,  
con la voz fuerte del viento,  
con la voz bajita del agua,  
del agua que lleva dentro.**

Todas las Vírgenes van, excepto la Soledad, persiguiendo a algún Jesús, al filo de Expiración o encerrado en el Sepulcro, Jesús, Dios, que muerto va o en el minuto de la muerte, abrazando, con sus brazos taladrados a todas las gentes....

Y debajo el costalero, esfuerzo en sudor enorme, atento del llamaor: "¡Tos por igual valientes!", es la voz del capataz que repite el contraguía: "¡A esta es", "'Vámonos de frente buena gente!" y el paso cubierto de majestad, levanta todo su volumen y parece que vuela, que en volandas va por la



calle al tiempo en que la banda lanza al aire el sonido de metales y tambores y el costalero, con la sudadera empapada, en bloque, como un solo ser humano con toda la cuadrilla, reza al tiempo que anda:

**A Tí, mi Dios adoraré  
 en el instante mismo de Tu muerte,  
 en el último momento de Tu vida,  
 al filo del postrer aliento  
 y en seguida  
 en la gloria de Tu vida  
 que es mi vida  
 y mi alimento,  
 tejer con Tus ojos y los míos  
 mirada enamorada  
 y estrellado cielo y firmamento.**

**A Tí, Jesús,  
 Dios mío, lleno de tormento,  
 en el lento rozar de esos tres clavos  
 que horadaron Tus manos de sarmiento.**

**A Ti, mi Dios adoraré  
 y haré de mi oración un viento  
 que refresque Tus sienes,  
 que suavice Tus labios sin lamento  
 y seque el caliente sudor:  
 Salado y sagrado sufrimiento.**

A Ti, Señor de la Expiración,  
A Ti, Jesús Nazareno,  
en el gesto universal que hacen Tus brazos,  
perdonando, generoso, mis pecados  
y colgando moribundo de la Cruz,

Te adoraré  
en la humilde pequeñez de mi existencia,  
en el ínfimo latir de mi presencia,  
postrado a tus sacrosantos pies,  
suplicando por Tus llagas Tu clemencia.

A Ti, mi Dios Crucificado adoraré  
en todos los momentos de mi vida.

Y cuando deje de este mundo la existencia  
y solo sea vana y blanca calavera,  
algún ángel de la Virgen me defienda  
y diga: Fue pecador, mas tuvo fe ciega,  
Perdónalo, Señor y dale, en fin, la vida eterna.

Permítele gozar de tu visión  
y siéntalo a Tu diestra,  
porque este hombre que postrado se presenta  
proclamó tu nombre en derredor,  
hizo siempre bandera de Tu amor  
y Te amó con su humana y débil fuerza,  
pero amó al cabo  
y en su íntima naturaleza  
supo que Tu muerte fue su vida  
y en esa vida, desde la caridad  
te espera.



**Perdónalo, pues, Señor  
y dale, al fin, la vida eterna.**

Costaleros, buenos costaleros de Huéscar, sobre vuestros hombros tendréis lo que más pesa, el peso mismo de la vida. Vosotros, por nosotros, llevaréis los pasos de nuestra Semana Santa, vosotros que vais a estar tan cerca, tan cerca, podeis rezar mejor, con vuestros hombros, con vuestros pies, con vuestra fuerza, al igual que San Juan, Verónica o la Magdalena, vivireis mudos la tragedia.

Cuando el aire huelga a incienso, a flores frescas y a cera, bajo el faldón de vuestros pasos será el sudor y estareis muy cerca..

No dejéis de rezar a la Virgen por todos los que estamos fuera y decidle con dulzura:

**Dios te salve, princesa de la luz,  
Espejo en el que Dios se mira,  
donde mueren el odio y la mentira  
aterrados ante tu mirada azul.**

**Dios te salve, Princesa de la Vida.  
Dios te salve, alta Torre de Marfil,  
Azucena fragante de los jardines del alma  
que te llevo dentro de mi.**

Yo quisiera ofrecerte en esta tarde  
la blancura más perfecta de mi alma,  
el requiebro más profundo de mi ser.

Yo quisiera, Madre, consolarte  
y con mis brazos, amoroso,  
poderte mimar y recoger.

\*\*\*\*\*

Y cuando llegue la hora en que tu Hijo  
venga en reclamarnos el alma,  
confórtanos en el trance  
y ven Tú misma a acompañarla,  
como la más tierna de las Madres.

Y recuerda al que es Juez y es Hermano  
que aquel limpiaba la plata,  
que este otro, que te habla,  
con sus hombros te llevaba.  
Que aquella, con negra mantilla,  
la cera virgen quemaba,  
mientras rezaba el Rosario  
que entre sus dedos llevaba.



Recuerda a tu Hijo, Madre,  
cuando sea hora señalada,  
que todos los que aquí estamos  
y muchos más que ahora faltan,  
quisieron llevarte en volandas,  
quisieron cubrirte de mimos,  
quisieron bordarte de flores  
y este, que ahora te habla,  
díselo, Madre, a Tu Hijo,  
quiso ofrecerte un manto  
tejido con sus palabras.

**MUCHAS GRACIAS.**